Cartas que serán leídas en la

Universidad Pedagógica Nacional, el día

15 de febrero de 2018, a las

12:30 pm

México, Distrito Federal.

Necesitamos hablar. Eso de que tú estés en el cielo y yo en los designios terrenales, no nos sienta nada bien. Mientras tú gozas de la luz de las estrellas a tan corta distancia, yo me resigno a las tinieblas que abriga la espesa atmosfera a mí alrededor; aquí dónde sólo la imaginación me permite acariciar con la vista el sublime destello de unas cuantas estrellas que se resisten a ser apagadas por la polución.

No sé qué será de mí, si me sigues mostrando tu silencio. De tantos suspiros con la vista puesta en el cielo, ya no sé qué decir ni qué pensar. Ya no sé si seguir con mis plegarias, si sonreír, llorar o dejarte al olvido. Pero ¿sabes algo? ¡Es bastante absurdo dejarte al olvido! Por tanto que lo intentara, sería imposible. ¡Todos los días miro el inmenso cielo! ¡Sea de día o sea de noche! ¿Ahora lo comprendes? Es como una daga posando en el interior de mi pecho y, aun así, me sigo sintiendo afortunada al seguir mirando el cielo. Por más silencio que me dediques: más anhelo seguir mirándolo, porque pienso que me miras en silencio.

Cuando miro el atardecer, no puedo evitar sentirme agobiada. El tiempo se acaba y miro la hora, y más soy consciente del tiempo. ¿Acaso soy vanidosa por detenerme en reparar en el tiempo que marchita mi piel? ¿O es que acaso soy egoísta por pensar en mi vida? Por mucho que me cueste aceptar, tu vida ya no está bajo la calidez de los suaves rayos del sol, aquellos que me cubren el cuerpo y me abrazan en tu honor. Pero mi consuelo no son los rayos, ni el cielo despejado y rebosante de luz. No, mi consuelo emblemático me lo brinda el cielo teñido con las sombras y la tenue luz mortífera de la luna. Esa luna que mis ojos admiran por la dulzura que incita a calmar los temores e invita a querer y a apreciar la soledad. Porque, ¿quién mejor que la luna para saber y entender de soledades? Ella que vive en las sombras. Ella que mira a la tierra y busca un espacio en los corazones de las mentes ajenas, aunque la olviden cada día por los resplandores del sol. Ella que por sí sola no brillaría. ¡Qué mejor que ella, para hablar de soledades! ¿no lo crees? Sí… realmente tenemos que hablar.

(Arantxa Durán López)

Guayaquil, Ecuador.

Hace bastante frio. Te imagino con tu sonrisa optimista y tu mirada serena, sentadito en una nube, mirándonos con amor, sin dolores, sin camas ni insulinas. En el cielo todos deben estar sanos. ¿Qué sentiste cuando te crecieron las alas? ¿Qué se siente brillar desde una estrella? ¿Hace frío cuando cae el sol?, ¿Volviste a comer el pan con nata de la Abuelita Zoila con mi tío Alejandro? Mi abuela debió haberte dado un gran abrazo cuando te vio; la comitiva debió ser grande, Papá, grande como tú. ¿Sabes?, yo creo que tú estás feliz y ¿sabes, mi niño?, te recuerdo con mucho amor.

Dios me dio al padre más bondadoso de todo el universo, el premio mayor de la lotería, como dice nuestra Helen. Te imagino de nuevo cantando como en mis quince años “Mi niña bonita”. Estás tan presente que puedo sentir cómo tus manos suaves y grandes se mueven en el aire y nos mandas la bendición.

Tú transformabas todo. Agradecías por tu existencia a cada instante, mi corazón de poeta. Con tu inteligencia y bondad, sonreías y le buscabas la parte positiva a los reveces de la vida. Eras un soñador y nuestro gran amor. Dicen que la muerte deja un vacío. Yo no estoy de acuerdo con eso, a nosotras nos llenaste de alegría, de amor, de enseñanzas; tu legado ha trascendido, Papá. Debes haberte ido más enamorado de tu negra, tu fiel compañera, la niña más bella que convertiste en guerrera y que te amará hasta la eternidad.

¿Sabes, Papito?, el día que tú te fuiste pasó algo mágico: todos los abrazos que nos diste en vida se multiplicaron y se hicieron reales a través de las personas más queridas que vinieron a acompañarnos: Mi tío Augusto, mi tía Jeanet, nuestro Charlie chan, mi ñaña Elbita, la tía Margarita, tu ñaña Lolita, Techi, mis tíos, mis tías, mis primos, mis primas, tus amigos, los de mis hermanas, los míos… Había tanta magia y tanta luz, ese día, que vi hadas madrinas, eran las amigas de mi Mami que de su lado no se movían.

Gracias por cuidarnos. Te convertiste en estrella papá. Pensar que siempre fuiste mi cielo, ahora vives allá. Te extraño mucho; pero aquí estás.

 PD: Ojalá le enseñaras tu silbido al viento para oírte de vez en cuando. ¿Ya te dije que te amo? Tu hija que te ama: la cuentera.

(Gilda Valle Minuche)

Barcelona, 24 de mayo de 2016

Cuando miro el cielo, amor mío, me viene el recuerdo de tu sonrisa, de tus ojos mirándome con ternura. Nunca se podrá borrar, ni con la eternidad. La muerte te llevó muy lejos, pero no podrá hacerme olvidar tus manos sobre mi piel.

Cada vez que leo tus palabras de amor escritas sobre el papel, siento que no hay distancia que nos pueda separar. Sabes bien que sin ti no puedo respirar, que me falta el oxígeno.

A cada suspiro del viento, siento tu aliento, pero es tan efímero que me noto sin vida.

Estoy celosa de los ángeles que pueden estar contigo. Te ven sonreír y te pueden abrazar. Por fin, ayer vino el médico y me confirmó que pronto los dos vamos a juntarnos, como yo tanto he anhelado.

Por eso, ahora que puedo, he querido escribir estas palabras, para que tus hijos sepan lo feliz que estoy de volver a tu lado, amor mío.

Un abrazo a todos, os cuidaremos allá donde estemos.

(Aurora Cano Casat)

(Málaga, España).

Trabajo de noche en el Observatorio del Roque de los Muchachos, isla de la palma, Canarias, España. La razón es muy sencilla: Mi abuelo, un campesino canario, me dijo un día que quería que yo estudiase mucho, para trabajar en el Observatorio. Mi abuelo era casi analfabeto, pero no era tonto. Cuando nos juntábamos alrededor de la mesa de tea con unas papitas y un mojo hecho por él, sus ojos se iluminaban viendo a sus nietos. Después, nos llevaba al jardín. Nos pedía que levantásemos la cabeza y mirásemos al cielo para descubrir la estrella polar y el carro y la Osa mayor, y para que pidiésemos un deseo. Y, en aquel pequeño jardín de cuatro por cuatro, encaramado en el Lomo romero de Barlovento, pedíamos un regalo a los Reyes. Casi todos queríamos una bicicleta. La bicicleta nunca llegó. Pero mi abuelo seguía insistiendo que mirásemos al limpio cielo de la Palma mientras se le iluminaban los ojos llenos de lágrimas.

Un buen día mi abuelo se fue. Y me hice astrofísico y gané una beca en los EE.UU. Conseguí después sacar una plaza por oposición para trabajar donde nací, en la Palma: ¡qué vueltas da la vida! Y cuando miro al cielo con las potentes lentes con las que trabajo (todas electrónicas), observo que hay una estrella que brilla más que las demás y en su intermitente titilar me está susurrando la voz de mi abuelo que me dice con calma: Gracias, nieto, por haberme escuchado.

(José Manuel Leones)

Salina Cruz, Oaxaca, a 20 de noviembre del 2016.

Guapa:

No he podido evitar pensarte esta noche. Quizá solo es que hay demasiadas estrellas hoy y el cielo me recuerda tu espalda arqueada y tus muslos fuertes, llenos de constelaciones destellantes buscando un observador.

Esas noches frías como hoy, en las que encontraba mi hogar en tus caderas, se han ido, te las llevaste en la maleta.

Jamás entendí el sentido de tus besos, de arrancarme el alma con los labios. Y tus ojos, ¡Dios!, esas dos lunas preciosas, todo tu rostro era universo. Amaba verte dormir, y los gestos que hacías, tus berrinches y rabietas, amaba verte caminar, verte reír. Dejé de fumar porque no soportaba que el olor a tabaco te trajera de vuelta.

No te culpo, la vida nos va llenando de hoyitos el alma, es por eso que, a veces, se nos escapa el amor. Y he vuelto a la rutina del café sin azúcar porque te llevaste mis besos; no me dejaste si quiera uno para endulzar el té. He vuelto a despertar a destiempo, siempre tarde, siempre de mal humor, te llevaste mis risas sinceras. He vuelto a tantas cosas que era antes de tu voz.

Quiero que sepas que puedes volver cuando quieras: vuelve cuando extrañes el café a mitad de la escalera, cuando el humo de tu cigarrillo empiece a dibujar mis palabras, cuando necesites un beso, de esos con sabor a vino tinto y sal; vuelve para navidad. Y al terminar de leer esta carta, vuelve a llamarme, princesa.

(Alejandra Sofía Villalobos Maldonado)

Morelia, Michoacán.

Te escribo sin saber si estás, pensando que es probable.

No he querido deshacerme de las dudas, salvo lo que un atraso en mi ciclo pueda hacerme pensar. Creo que me gusta este tipo de ilusión que me provoca el desconcierto. No me he animado a consultar ni siquiera una de esas pruebas de farmacia; en lugar de eso, mi mente divaga en el horizonte mientras acaricio la idea de “quizás”, mientras miro la primera estrella de la noche, esa que sale cuando el sol perezosamente se oculta y que brilla cuando los cielos se tornan morados o amarillentos. Y entonces una estrella se ha enciende en mi vientre.

Hoy me recosté y miré un vasto cielo repleto de estrellas, alcanzando a notar muchas más que otras veces. Contemplé aquel cielo en el que me perdí algunas de mis noches de largo enamoramiento, en esas noches en las que buscaba ver en ellas mi futuro, mi pasado, cuando les preguntaba sobre lo que podría pasar, sobre lo que estaba pasando.

Me sentí emocionada por un instante, porque tal vez, si estás ahí, algún día mires las estrellas a mi lado, o si no has llegado todavía, me estés mirando desde una a lo lejos.

Ya sé que solo son estrellas, como planetas, reflejos de cuerpos a miles de años luz de distancia, pero se antojan como confidentes, porque al titilar pareciera que sonríen prometiendo guardar nuestros secretos.

Es hora de despedirme. Un hasta luego que no sé cuánto dure. Me produce melancolía pensar que quizá no estés o que nunca vayamos a conocernos.

(Zaireth Guzmán Austria)

Isla de Tenerife, Islas Canarias, España.

Estimada humanidad:

Creo que ha llegado el momento de que hablemos muy seriamente. No puedes seguir con esa actitud; todavía estás a tiempo de reconocer que estás equivocada y cambiar por completo tu falsa realidad...

Juzgas con base al blanco y al negro, sin permitirle al arco iris que te ilumine un día de lluvia.

Pagas con monedas que solo tienen cara o cruz; cuando nunca das la cara; pero clavas cruces por todos los caminos que conducen a Roma.

Posees unos ojos sanos, pero estás completamente ciega por la oscuridad de la venda, que voluntariamente te has puesto sobre tu rostro.

Ves nacer a tus primogénitos en blancas sabanas y sacrificas a tus bastardos alimentando las guerras y la desolación. Acaso, ¿no son hijos de la misma madre?

Y ahora observas el cielo, buscando entre las estrellas otro mundo para satisfacer tu ego conquistador. Sin importarte el rictus amargo que muestra el rostro etéreo de la galaxia. La madre del todo, que sufre al contemplar cómo vamos directos hacía el final del océano.

Humanidad de banderas, de fronteras, de política, de dinero...

Esta noche, mientras contemplo cómo las lágrimas de San Lorenzo rasgan, de forma impasible, el negro cielo, lloro junto a él, por una humanidad totalmente deshumanizada. Esperando que algún día me permitas volver a ti. Se despide... El raciocinio.

(Gloria de la Soledad López Perera)

León, Guanajuato.

Susana:

El niño ya no te busca en el cielo. Ya no pregunta por ti. Ya no llora cuando ve tus fotografías, tampoco cuando escucha tu voz en los viejos VHS que filmamos creyéndonos cineastas. Me preocupa que te esté olvidando a pesar de mis esfuerzos por señalar hacia arriba y decirle que lo ves desde ahí, que lo cuidas desde ahí. Pero, ¿es cierto? ¿Estás realmente ahí? ¿Nos ves? ¿Nos cuidas? ¿O será que todo esto que pienso cuando miro yo también el cielo, es mentira? Una dulce mentira que me inculcaron desde niño y que desde el día de tu muerte abracé de manera ferviente.

Cada domingo escucho lo mismo en misa y me aferro a la idea que nuestros corazones se volverán a encontrar cuando me toque el turno de partir hacia allá. ¿Estarás? No quiero imaginar una vida entre las blancas nubes sin ti. ¿Sabes algo?, cuando llego tarde a casa y miro las estrellas, te imagino como una de ellas… Se me olvida a veces que mientras veo cada punto iluminando mis noches, su luz, así como la tuya, se extinguió desde hace mucho.

(Alan Francisco Guzmán Trujillo)

Nuevo Laredo, Tamaulipas

Verónica:

Sé que ya soy un viejo y ahora cuento mis pasos, pero de vez en cuando volteo al cielo y compruebo que aun brillan estrellas a lo lejos, no quiero olvidar que un día ellas me hicieron soñar, que las miraba mientras tu tomabas mi mano, que como a un Dios les pedía que tú también me amaras, pero nunca me contestaron.

Entonces fuiste solo una ilusión; hoy eres un pensamiento. Hoy que estoy viejo, miro el cielo y mis ojos lloran anhelos, lloran recuerdos, lloran añoranzas y maldigo el día que no tuve el valor de robarte un beso.

Todas las noches miro el cielo, esperando respuestas, pero sé que ya estoy viejo, me cansé de maldecir, de esperar, de soñar. Aunque ahora cuento mis pasos, de vez en cuando miro al cielo y le pido que en el último momento, con el último suspiro, antes de morir, pueda yo decir tu nombre y el viento lo eleve a las estrellas que nunca me contestaron si un día me amaste.

* Sergio

(Sergio Hernández Bernal)

“Hasta que vuelva contigo”

Valencia, España.

Cada noche, mi tristeza me lleva hasta la cima de un otero. Allí, sentado, contemplo el inmenso celeste envolviendo mi existencia con tantas estrellas curiosas que me contemplan brillantes. Entre todas, busco una, la que más quiero encontrar porque estoy seguro que en ese cielo está.

Me dejaste demasiado pronto, me llenabas de tanto amor para hacerme todo tuyo y cuando tocábamos el paraíso con la punta de los dedos, el destino, vengativo y cruel, nos regaló tal desdicha que jamás esperé merecer. Un tumor, maligno, despiadado, alojado en tus pensamientos, hurtando espacio a tu alegría, destrozando tus ganas de vivir y hundiéndome en la más abrupta sima de amargo rencor por la vida. Junto a ti acompañé tus dolores, traté de contagiarte de una alegría que yo debía fingir…y me costaba, hasta que un día los doctores se rindieron ante el poder destructivo del bicho maligno que te quitaba la vida.

Y una noche en que la morfina ya no te podía ayudar porque el dolor que sentías era espantoso, apretaste mi mano con tus menguadas fuerzas para llamar mi atención, me miraste suplicante, sin poder articular palabras porque no podías aguantar más, y me pediste con palabras que surgían del dolor que te ayudara a partir. Sabía de tu desesperación, sabía que te agotaste luchando para no hacerme sufrir y ahora, si te rendías era porque ya no tenías fuerzas para seguir. Me acerqué, te dije que me tenías a tu lado y si no podías sufrir más, yo no lo podía consentir. Te juré amor para siempre, te prometí que cuando te convirtieras en estrella, pues tal era tu luz, yo te seguiría sin pensarlo para volver a estar unidos, sin que el destino nos separara jamás. Te besé con todo mi amor. Me sonreíste por última vez. Me levanté y variando la dosis de morfina, vi como tu rostro volvía a resplandecer olvidando los dolores y partiendo agradecida.

Desde entonces, miro las estrellas para ver cuál es la tuya. Y cuando me llames, no dudaré un instante para reunirme contigo, porque sin ti a mi lado la vida ya no es vivir, y prefiero partir de este mundo para vivir siempre a tu lado.

 (Francisco J. Barata Bausach)

Almoloya de Juárez, Estado de México, a 5 de noviembre de 2016.

A mis queridas Quimeras.

Los golpes más duros te hacen la persona que hoy eres. Eso significa que tienes dos opciones: o subir en gloria, o caer en demencia.

Ya no entiendo si mi gloria es una vasca de demencia. Pero aquel miércoles en los adentros de un cataclismo familiar, sumisa en la atmósfera que yo misma me cree, no sabía cómo reaccionar a la noticia donde mi vida estaba de por medio, igual que la de aquellos dos ángeles.

Los médicos, cada vez que se dirigían a mí, me decían “señora”. Aquello me hacía pensar en que era demasiado joven para que me llamasen así; pero la verdad, ya no me importaba, pues llegaba la hora de tomar una decisión entre la vida y la muerte. Todos sabíamos que la mejor decisión era la vida, y yo la elegí, me aferré a ella, así como un vagabundo se aferra a su trozo de comida o un avaro a su dinero.

Aquella noche larga no podía probar bocado, cuando de la nada una señora regordeta se acercó a mí, me dio un bolígrafo y papeles qué firmar. Terminando aquello, me pasaron a quirófano, donde sólo me anestesiaron de la cintura para abajo… Atónita, vi todo, absolutamente todo, y los minutos que pasaban parecían horas, hasta que empezó el dolor, un dolor que no era físico puesto que ya me habían dado de alta, pero era de esos que te hacen derramar lágrimas de sangre, de vergüenza y de culpa. Me sentía sola. Y llegó el tiempo en el que ustedes siempre serán mis ángeles, como de igual manera mis quimeras.

Perdonen mis acciones y recuerden que cada vez que miro al cielo, pienso en ustedes, sabiendo con certeza que me esperan con los brazos abiertos, llenos de amor.

- Aguirre Rachel.

P.D: Y ustedes, ¿en qué piensan cuando me miran desde el cielo?

Floridablanca, Colombia, a 29 de noviembre de 2016.

Abuelita Teófila Tres Palacios:

No olvido tus ruedas giratorias que te mantenían en el aire. Tampoco las fuerzas excesivas de un viaje deseado. Tu mirada triste, melancólica, un poco tierna, rodeada de la acuosidad de quién vive todo, me intimidaba. Tu piel vieja y arrugada se expandía como el cielo enfermizo de una tarde con hedor a muerte; como el mismo techo natural que me ha acompañado por mucho tiempo.

Y ahora, cuando miro hacia arriba, solo se logra divisar tu silueta soñadora y sabia, oculta bajo tu semblante rencoroso. Por si no lo sabes, tus cabellos aún viven en las fuertes corrientes de aire que descienden para darnos un poco de placer. Tus manos torpes acarician la superficie, igual que la lucidez impertérrita de la noche. Tus lunares y manchas sobresalen admirables, emitiendo una luz imaginaria solamente equiparable con las estrellas. Por eso, tú, abuelita, siéntete feliz de cómo te rememoramos; porque cuando miro al cielo, la majestuosidad infinita de un mar ausente, y la breve libertad disipada, me invitan a volar contigo.

Siempre supe lo que quisiste; es la razón de que aquel último día te haya sacado a pasear por entre las anchas calles, que en realidad eran angostas; y tus brazos, abiertos como alas, preparados para abandonar este mundo terrenal, me dijeron que por fin, en tantos años de trabajo, eras feliz sin opresión alguna de la vida. Tu rostro, involuntariamente, me dijo gracias, y alzando la cabeza hacia atrás, buscaste verticalmente, para abandonar el caparazón. Luego, descubierta, ascendiste, y te inmortalizaste. Te digo que me esperes, abuelita, porque saldré a volar contigo. Y nunca mires hacia abajo; el pasado ya no importa. Vive, abuelita. Vive como yo lo hago. Respira, abuelita. Respira como yo. Reza, abuelita, reza por mí. Te veré pronto en lo alto del pedestal celestial de nuestra humilde historia…

(Alejandro Hernández Celis)

Tequisquiapan, Querétaro.

A todo quebrantado de corazón:

Cuando ando cabizbaja caminando sobre piedras, hastiada de mis errores queriendo no tropezar,

entonces pienso en el cielo y observo mi pequeñez, ya que soy criatura amada y por quien el cielo es.

Al pensar en ese cielo buscando al Creador del ser, sus ojos muy amorosos entre nubes puedo ver.

Sus promesas son azules y cada estrella es un “sí”, esperanza al desolado y aliento al atribulado.

Y si triste tu alma llora anhelando comprensión, al nacer de nuevo el alba sentirás Su compasión.

Cierra tus ojos, amigo, pues en lenguaje divino, el cielo en tu pensamiento te mostrará tu destino.

Tu corazón afligido no sentirá ya más culpa pues el que venció a la muerte en esa cruz hoy te indulta.

Sentado a la diestra espera que pases de muerte a vida, y en la eternidad te añora pues desde el cielo te mira.

(Mercedes Socorro Contreras Blanch)

Hermosillo, Sonora,

Sin importar qué cielo mire, no es el cielo de Huépac. Allá, las estrellas pueden contarse hasta en los sueños más profundos, y siempre abunda una hojarasca de monte que se enreda con el amor de todos lados. N

No es el cielo coloreado de noche en que nos conocimos por primera vez, donde estabas vestida de luna y tenías puesto unos ojos de domingo que te quedaban grandes. Tampoco es el cielo de nuestras tardes de besos, donde me agarrabas pensando en ti con cada abrazo con que te deshojaba. Y mucho menos el cielo dormido de nuestra cita en el parque, donde caminamos por los adoquines rotos sin pisar las grietas indomables. Yo recuerdo ese cielo enorme, inhóspito; abundado de luces como de sueños y cigarras intrusas en el rumor del verano. Lo recuerdo girado de vientos calientes, de palabras encimadas de ilusiones, de suspiros enramados de esperanza.

Ahora, estos cielos son diferentes, atascados de pájaros, de nubarrones, de estrellas desordenas, ladridos de perro y basura espacial. No son el cielo de nosotros, el cielo de Huépac, donde el destino se adivina con números cabalísticos, donde la noche se cierra en un abrazo de bacanora, donde el primer amor se promete para todas nuestras vidas.

(Jesús Antonio Rivera Berumen)

Los Mochis, Sinaloa

Carta al cielo:

De día o de noche, mirarte significa esperanza, quizá buscando a Dios entre las nubes, con la ilusión de obtener bienestar y calma, quizá buscando un mensaje en las estrellas o sencillamente elevando el alma al levantar el rostro.

Si es de noche, imagino subir y poner la mejilla junto a la luna, saltar de estrella a estrella sin importar caer, sentirme a salvo y feliz de tener cerca eso que buscamos cuando miramos al cielo.

Porque, mi cielo, eres como un pergamino inmenso donde las estrellas danzan para escribir mi historia; no puedo evitar mirarte sin pensar en la eternidad, en lo que fui, en lo que soy, en lo que seré.

Si te veo con máscara azul, me enamoras; pero también me encantas de negro con lentejuelas, porque al mirarte sin parpadear, puedo lograr, al cerrar los ojos, tener la luz de tus estrellas en la obscuridad.

Es imposible dejar de divagar sobre lo efímera que nos parece la vida, sobre cómo nos sentimos pequeños bajo tu manto, observados por la gran pupila que jamás se cierra. Estas ahí, me acompañas silenciosamente, y te miro como alguien tímido que se siente avizorado.

No puedo sentirme solo: no hay excusa para ignorar tu compañía. ¡Cuál mejor amigo, que excelente compañía!, si a veces no me encuentro, si me pierdo, entonces mi barbilla se alza y el verte me provoca reír, de dolor o felicidad. Un suspiro hondo me sumerge en la serenidad que buscaba.

Es que mi anhelo y sueño se encuentra contigo, tú lo escoltas celoso, tan suspicaz que lo tienes lejos, que lo escondes de todos y solo yo puedo verlo.

Al fin que la luna, el sol y las estrellas, serán siempre, a tu lado, cómplices del trato.

(MARÍA DOLORES FAUSTO GARCÍA)